

Una Iglesia del amor

Pablo, de pie, en medio del Aréopago dijo: “Atenienses, veo que ustedes son, desde todo punto de vista, los más religiosos entre todos los seres humanos. En efecto, mientras me paseaba mirando los monumentos sagrados que ustedes tienen, encontré entre otras cosas un altar con esta inscripción: “Al dios desconocido”. Ahora, yo vengo a anunciarles eso que ustedes adoran sin conocer. El Dios que ha hecho el mundo y todo lo que hay en él no habita en templos hechos por manos de seres humanos, porque es el Señor del cielo y de la tierra. Tampoco puede ser servido por manos humanas como si tuviera necesidad de algo, ya que él da a todos la vida, el aliento y todas las cosas. El hizo salir de un solo principio a todo el género humano para que habite sobre toda la tierra, y señaló de antemano a cada pueblo sus épocas y sus fronteras, para que ellos busquen a Dios, aunque sea a tientas, y puedan encontrarlo. Porque en realidad, él no está lejos de cada uno de nosotros. En efecto, en él vivimos, nos movemos y existimos, como muy bien lo dijeron algunos poetas de ustedes: “Nosotros somos también de su raza”. Y si nosotros somos de la raza de Dios, no debemos creer que la divinidad es semejante al oro, la plata o la piedra, trabajados por el arte y el genio del ser humano. Pero ha llegado el momento en que Dios, pasando por alto el tiempo de la ignorancia, manda a todos los seres humanos, en todas partes, que se arrepientan. Porque él ha establecido un día para juzgar al universo con justicia, por medio de un Hombre que él ha destinado y acreditado delante de todos, haciéndolo resucitar de entre los muertos” (Hech. 17, 22-31).

*Bendigan, pueblos, a nuestro Dios,
hagan oír bien alto su alabanza:
él nos concedió la vida
y no dejó que vacilaran nuestros pies.
Porque tú nos probaste, Señor,
nos purificaste como se purifica la plata;
nos hiciste caer en una red,
cargaste un fardo sobre nuestras espaldas.
Dejaste que cabalgaran sobre nuestras cabezas,
pasamos por el fuego y por el agua,
¡hasta que al fin nos diste un respiro!
Yo vengo a tu Casa a ofrecerte holocaustos,
para cumplir los votos que te hice:
los votos que pronunciaron mis labios
y que mi boca prometió en el peligro.
Te ofreceré en holocausto animales cebados,
junto con el humo de carneros;
te sacrificaré bueyes y cabras. Pausa
Los que temen al Señor, vengan a escuchar,
yo les contaré lo que hizo por mí:
apenas mi boca clamó hacia él,
mi lengua comenzó a alabarlo.
Si hubiera tenido malas intenciones,
el Señor no me habría escuchado (Sal. 66, 7-18).*

¿Quién puede hacerles daño si se dedican a practicar el bien? Dichosos ustedes, si tienen que sufrir por la justicia. No teman ni se inquieten: por el contrario, glorifiquen en sus corazones a Cristo, el Señor. Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen. Pero háganlo con suavidad y respeto, y con tranquilidad de conciencia. Así se avergonzarán de sus calumnias todos aquellos que los difaman, porque ustedes se comportan como servidores de Cristo. Es preferible sufrir haciendo el bien, si esta es la voluntad de Dios, que haciendo el mal.

Cristo murió una vez por nuestros pecados - siendo justo, padeció por los injustos - para llevarnos a Dios. Entregado a la muerte en su carne, fue vivificado en el Espíritu. Y entonces fue a hacer su anuncio a los espíritus que estaban prisioneros, a los que se resistieron a creer cuando Dios esperaba pacientemente, en los días en que Noé construía el arca. En ella, unos pocos - ocho en total - se salvaron a través del agua. Todo esto es figura del bautismo, por el que ahora ustedes son salvados, el cual no consiste en la supresión de una mancha corporal, sino que es el compromiso con Dios de una conciencia pura, por la resurrección de Jesucristo, que está a la derecha de Dios, después de subir al cielo y de habersele sometido los Ángeles, las Dominaciones y las Potestades (1 Ped. 3,13-22).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos. Y yo rogaré al padre, y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes; el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes, en cambio, lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará con ustedes.

No los dejaré huérfanos, volveré a ustedes. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero ustedes sí me verán, porque yo vivo y también ustedes vivirán. Aquel día comprenderán que yo estoy en mi Padre, y que ustedes están en mí y yo en ustedes. El que recibe mis mandamientos y los cumple, ese es el que me ama y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él” (Jn. 14, 15-21).

El único deseo de Cristo Jesús:

Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos.

Si me aman. No dice si son valientes defensores de la ortodoxia, si entienden las verdades de las fe, si son obedientes, menos aún si no quieren ir al infierno.

Si me aman. El estímulo, la motivación, el estilo no puede ser más que el amor. Otra cosa, notable como fuere, no nos hace cristianos.

En su despedida no nos deja un tratado ni un manifiesto de acción práctica, sólo afirma el anhelo que lo amemos. Si hemos aprendido a amar, aprendimos lo fundamental.

Si me aman me puedo marchar tranquilo, harán las cosas como es debido, harán lo único que es agradable a Dios.

La Iglesia es de Cristo cuando lo primordial no es la obediencia ni el correcto pensar y actuar, la organización bíblica e histórica, o la cultura y el servicio, sino cuando la Iglesia es fundamentalmente Iglesia del amor, Iglesia que vive el amor.

Si me aman no me avergonzaré de ustedes. Si me aman mi misión está cumplida. Ante Jesús no hay certificados válidos, todos están condicionados por el “sí”, “sí me aman”.

Cristo permanece con nosotros

La presencia del Cristo pascual no es cuestión de un momento, es algo permanente en el interior del ser humano. Él afirma que el Espíritu permanece con ustedes y estará en ustedes, y añade más adelante: Ustedes están en mí y yo en ustedes.

La experiencia del cielo se hace posible sin abandonar la tierra. El *aquel día* de su promesa es este día en la vida del creyente, por eso con Pedro podemos glorificar a Cristo en nuestros corazones. No tenemos necesidad de ir lejos para ver al Señor, está en nuestro interior, en el centro de nuestra vida y voluntad.

La Iglesia de la interioridad no puede ser jamás una que se aísla, el texto de Hechos nos muestra una Iglesia que sale de su primer entorno religioso y cultural llegando con su testimonio no sólo a otras regiones sino a otras culturas y perspectivas religiosas. El intento misionero de San Pablo, como otros testificados en Hechos, se funda en la sinceridad y el respeto por el otro, la generosidad que comparte lo que para uno es esperanza y la humildad en presentar a Cristo que si llegó antes a nosotros fue por nuestra necesidad y no por nuestro mérito. O sea que al Padre sólo se puede hacer ver según el mismo estilo en que el Hijo lo manifestó.

Por eso la Iglesia pascual es Iglesia transparente, comprometida, dispuesta a entender, una Iglesia del amor y la interioridad, una Iglesia de libertad sustentada en el respeto, la aceptación, la lealtad y la generosidad, una Iglesia dispuesta *a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza* que la sostiene. Dar razón es dar cuenta con nuestras actitudes y nuestra vida, con nuestros dichos y acciones. La esperanza es convincente cuando la sustenta el amor que manifestamos caminando con el otro.